

La república de los cielos

Luis Norberto Palos Márquez
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Con la mirada atenta hacia el cielo, rememoró el día en el que fue creado de luz y se le insufló vida con el aliento del Creador en los albores del tiempo. El más bello de todos los seres de cuantos fueron creados por el Padre: Lucifer, el portador de la luz. Fue un honor recibir tan grandes dones; gozaba de belleza, ligereza y elegancia; inteligencia, astucia y gracilidad. Tenía grandes habilidades discursivas y hechizaba con sus palabras a cuantos se paraban a escucharlo, pero sobre todas las cosas, fue bendecido con el don de la sabiduría, gracias a su habilidad para callar y observar, para emitir juicios basados en la reflexión y conocimiento de todos los puntos de vista.

Desde su concepción observó las actitudes del Creador; al principio quedó maravillado por su conocimiento y poder, lo admiraba con fervor, y en ningún momento del día podía estar lejos de él sin sentirse incompleto. Ansiaba conocerle más, servirle mejor, agradecerle lo suficiente, y se moría de emoción al ver cómo el Padre se sentía alegre con su presencia más que con la de los otros ángeles. Sin embargo, un día se sintió extrañado cuando se dio cuenta de cómo el Creador no le tenía confianza, pues Raziel, el arcángel custodio de los misterios de Dios, le reveló que el Hacedor tenía previsto crear a unos seres a su imagen y semejanza, con bellos cuerpos materiales y dotados de inteligencia. Lucifer sintió un hervir de celos y confusión. Al no saber por qué su Padre le ocultaba esa información, se puso a reflexionar: los ángeles debían servirlo y adorarlo siempre; pensó en los ángeles sosteniendo su trono, cantando alabanzas en su nombre; era más que un progenitor para ellos, era un rey, un dios, era su todo. Lucifer se vio a sí mismo y, a pesar de las diferencias, no encontró algo que demeritara su físico, su inteligencia o sus talentos; el Padre no era para nada superior a sus criaturas, era igual.

No comprendía por qué no hablaba de sus planes con los demás. Si la obra del Creador era perfecta y estaba dotada de libre albedrío, ¿por qué sus votos y opiniones eran dejadas de lado? Entre más le daba

vueltas, menos lo entendía. Armándose de valor, preguntó al Padre por su nuevo propósito, pero Él, sorprendido de que supiera esa información, no quiso contestar y se limitó a decirle que llegado el momento los ángeles también servirían a estas criaturas, que serían llamados hombres, pues estaba previsto que éstas heredaran la magnificencia de su Hacedor. “¿Pero por qué habré de servirles yo, el más hermoso e inteligente de todos los ángeles del cielo?”, preguntó Lucifer, incrédulo ante la perspectiva de ser el sirviente de alguien. El Creador entró en cólera y después intentó hacerle confesar quién le había revelado tal secreto. A pesar de que Lucifer se negó a delatar a su hermano, para Dios no fue difícil descubrirlo y castigó severamente a Raziel, dejándolo sin voz para que no fuera capaz de compartir nunca más sus secretos.

Un día, la mayoría de los ángeles se encontraban descansando en torno a un árbol que crecía en medio del Jardín del Edén, al cual el Padre llamaba el árbol de la vida, de cuyo fruto había prohibido comer a todos los ángeles, pues al hacerlo corromperían su existencia transformándolos en seres corpóreos. Lucifer aprovechó la situación para hablar con sus hermanos. El ángel mayor llamó su atención. En un principio se sintió aterrorizado al estar a punto de compartir sus pensamientos con los demás, pero al advertir cómo lo observaban con tanta admiración, sintió el deber de sacarlos de su ignorancia y hacerlos partícipes de su sueño. Así que habló.

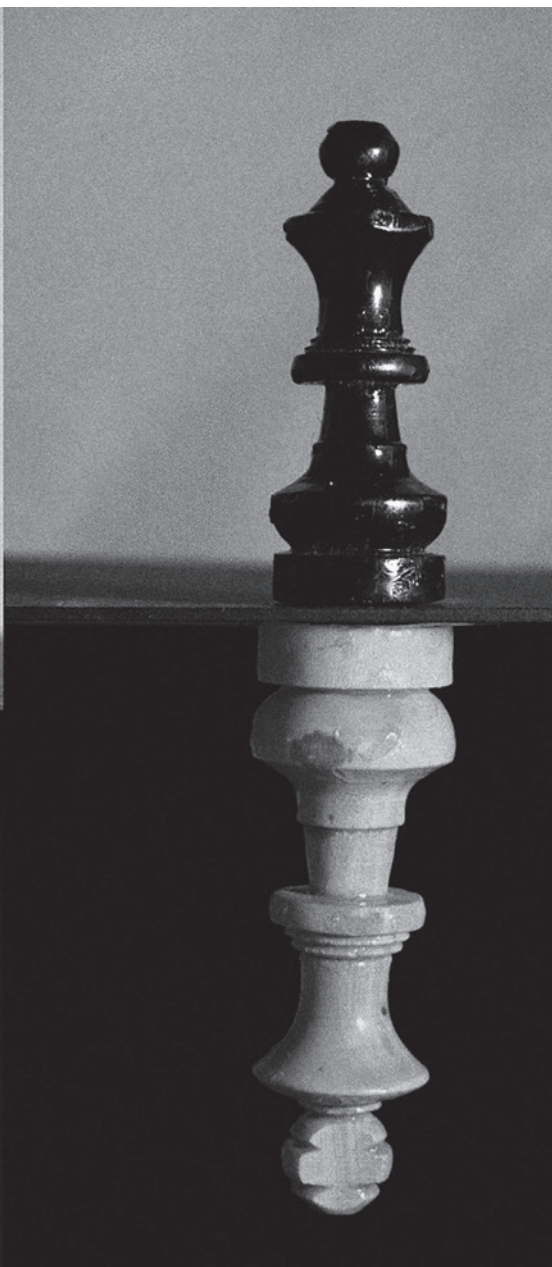
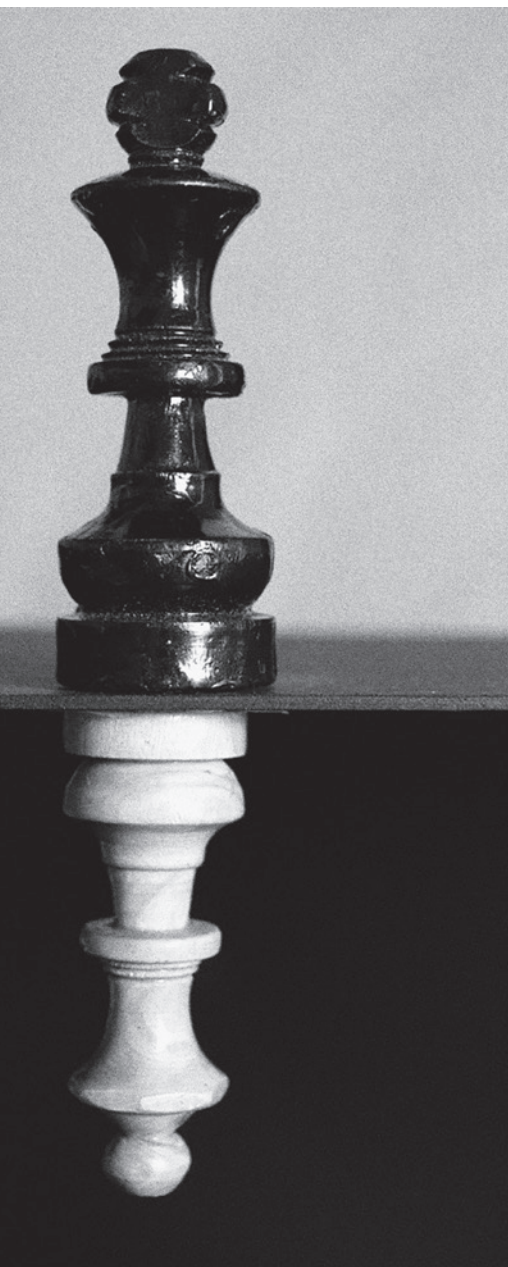
Les explicó cómo ellos eran seres ligeros y gráciles; hermosos e inteligentes; dulces y poderosos; y que tenían el mismo derecho a gobernar el Paraíso como creaciones del Padre. Esperó las reacciones, y la mayoría de sus hermanos y la mayoría se mostraron contrariados, en especial Miguel, el ángel que con más intensidad mostraba su amor y fidelidad a su creador: “¡Estás loco! No hay nadie igual que el Padre, no digas herejías”. Pero Lucifer siguió intentando convencerlos, les mostró una y otra vez ejemplos de cómo no eran más que sirvientes del Padre, que realmente el albedrío del que alardeaba no existía, pues todo estaba condicionado a su voluntad. Poco a poco, Lucifer fue abandonado por sus hermanos, quienes huían atemorizados al suponer que el Creador pensaría que simpatizaban con sus ideas. Otros cuantos más, los menos, se quedaban escuchando a Lucifer, pues de pronto en ellos parecía haberse posado el espíritu de la conciencia del bien y el mal, y se daban cuenta que aquello que consideraban bueno, no lo era, que jamás había lugar para lo que ellos querían o sentían.

Así que Lucifer armó un pequeño grupo con el que conversaba frecuentemente en soluciones para restarle poder al Padre, además de otorgarle mayor libertad y voto a los ángeles en el Paraíso, pues de ellos era también hogar el Reino de los Cielos. Se procedió a hablar con el Padre de manera tranquila y cordial, intentando razonar con Él para convencerlo, pero Dios no sólo se negó, sino que entró en cólera y los hizo callar, amenazándolos con el exilio si seguían con esas ideas, en especial le advirtió a Lucifer, pues decía amarlo mucho. Sin embargo, el ángel no se dejó amedrentar, y al ver que era imposible proceder pacíficamente, inició una guerra en el Cielo con el objetivo de pelear por una democracia donde todos tuvieran voz y voto.

La rebelión fue aplacada fácilmente; ni un tercio de los ángeles del Cielo pudieron contra los poderes del Creador y de todos los demás ángeles dirigidos por Miguel, ascendido a general de las fuerzas angélicas. Lucifer, su líder, recibió el peor de todos los castigos, lo obligaron a comer del fruto del árbol de la vida y adquirió corporeidad. Ése fue su castigo. Su sueño de ser igual que el Padre terminó en pesadilla cuando las maravillas de los seres materiales le cobraron factura y fue torturado frente a todos los ángeles, tanto los rebeldes como los fieles al Señor, para que vieran su justicia y no se rebelaran contra él. Dios observaba todo con frialdad desde su Palanquín sostenido por ángeles, y con una sonrisa de suficiencia miraba retardadamente a todos los ángeles.

A Lucifer le rompieron los huesos de las extremidades entre gritos de dolor, de agonía, pero él no pidió perdón como exigían todos los ángeles a su alrededor, incluso sus aliados, que en ese momento se arrepentían de haber comenzado una rebelión en contra de su Padre. Lo apedrearon entre todos los ángeles, él se retorció intentando esquivar las rocas, pero eran tantas que muchas terminaron golpeando contra su cuerpo y cortándole la piel. Le tomaron las alas y se las torcieron, fracturando cada uno de sus huesos, dejándolas inútiles.

La humillación de ser expuesto frente a todos aquellos que alguna vez lo habían admirado era lo peor, hasta que lo arrastraron por el suelo; sin duda alguna, la más grande degradación nunca hecha a un ángel, pues sus cuerpos jamás debían tocar el suelo, y declararon la punta del castigo: el exilio. Sintió el mayor terror de su vida, incluso más que cuando comenzó la rebelión. Por un momento pensó en rogar clemencia, pero se quedó callado para evitar el vasallaje que eso le acarrearía. Los demás ángeles rebeldes también fueron condenados. Muchos de los que



Duplicidades, Itandehui Tapia Colunga.

se habían declarado sus fieles seguidores en ese momento lo voltearon a ver con vergüenza, asco y terror. Y todo eso lo tuvo que soportar en silencio mientras se dirigían a las puertas del Paraíso, ubicadas frente al Jardín del Edén.

Su sangre llenaba el campo y se mezclaba con los tonos verdes de la vegetación. Observó irguiéndose frente a él, al árbol de la vida, majestuoso, enorme; el fruto que había comido y por el que había sufrido todo ese calvario. Su sangre seguía regando el pasto y se sintió estremecer cuando vino ante él una visión.

Vio nacer un árbol, ahí donde su sangre había manado hasta el fondo de la tierra, uno que brotaría con su peligroso don. Sería incluso más poderoso que el árbol de la vida, y sería denominado del “bien y el mal”. Vio a una mujer, la creación del Padre, frente a su árbol, hablando con la serpiente, el más astuto de todos los animales del Edén. Esta última le platicó cómo se abrirían los ojos del hombre si comía del fruto del árbol, y cómo se harían semejantes a Dios en sabiduría y poder. Veía cómo la mujer, muerta de curiosidad y quizá seducida por la ambición —como serían todos los de su futura estirpe—, probaba del fruto y empezaba a sentir los primeros esbozos del maravilloso don del árbol. También pudo observar a la mujer tentando al primer hombre a probar el fruto y cómo estos dos se dieron cuenta de su condición y, avergonzados, cubrieron su desnudez cuando se acercó el Creador. Pero sobre todo, vio al Padre con el semblante colérico al descubrir que su más grande creación había desobedecido la orden de no comer del árbol del conocimiento, del bien y el mal. Y por último, vio el castigo y las consecuencias que traería. Fue lo único que hizo soportable la caída de seis días al Infierno mientras escuchaba los alaridos, más de terror que de dolor, de los demás ángeles rebeldes.

Le aterraba la idea de haber perdido el Paraíso, pero estaba lleno de esperanza, pues había dado un don a los hombres y llegaría un punto en el que ellos también pondrían en duda la veracidad y justicia del Padre.

Tiempo después, cuando su visión se hizo verdadera, se permitió sonreír al ver al primer hombre y a la primera mujer abandonar el Edén; se sentía identificado y tenía el corazón comprimido por su situación. Se sintió dichoso y satisfecho, porque cuando llegara el momento tendría un ejército en su reino con el que derrocaría a la monarquía en el Paraíso e instauraría una república de los cielos que velaría por los deseos de todos.